El CINE Y CHARLOT

María Rosa Fernández

Otra afición que está pudiendo ayudarnos en tantas horas de obligado encierro son las películas que diversos canales de televisión están emitiendo y que nos permiten pasar muy buenos ratos.

Se dice que una imagen vale más que mil palabras y suele aplicarse al milagro de la fotografía, pero cuando esta imagen está dotada de movimiento e incluso de voz ¿a cuantas palabras equivaldrá? La magia del cine, contemplado sobre todo en una sala oscura, fijos los ojos en la luz de la pantalla, tiene un enorme poder de transmisión, de comunicación, de hacernos vivir otros mundos, otros hechos, otras situaciones, con las que, si el director es sabio y los artistas convincentes, nos sentimos identificados e involucrados en la acción.

Las posibilidades son infinitas y los resultados tantos como espectadores pues, además, en el silencio de la sala, cada uno verá una película diferente, resultado de sus vivencias y sentimientos sobre el tema y el argumento que contempla.

Han llamado al cine el Séptimo Arte con toda justicia y, como tal, comunica emociones, afectos y desafectos, crea adicciones, clarifica pensamientos, muestra aspectos de la vida que nunca podríamos llegar a conocer –salvo a través de los libros-- y los desvela ante nuestros ojos. Nos da información y nos crea un estado de opinión. Nadie queda indiferente después de haber visto una buena película. Aunque no seamos conscientes de ello, en nuestras neuronas y en nuestro corazón, se ha producido un pequeño milagro de apertura a otras ideas, a otros mundos y a sus habitantes. Nos hemos hecho más humanos.

Historia del cine. Sus inicios

El cine tiene su “partida de nacimiento” fechada el 8 de diciembre de 1895, y el hecho sucedió en París, concretamente en el Boulevard des Capucines número 14, en el Grand Café.

Los felices padres-descubridores de tal maravilla, los Hermanos Lumière (Louis 1864-1948 y Auguste 1862-1954) presentaron, a los asombrados ciudadanos que por allí pasaban, imágenes en movimiento

sobre sucesos conocidos: *La salida de los obreros de la fábrica Lumiére, La llegada del tren o El jardinero regado.*

A punto estuvieron de quebrarse las expectativas de tan feliz nacimiento el 4 de mayo de 1897, por el tremendo incendio, con más de 140 víctimas mortales entre la alta sociedad parisina, producido durante la proyección de una película en la gran caseta, instalada cerca de los Campos Elíseos, con motivo de la anual cita del Bazar de la Caridad de París. La imprudencia de encender una cerilla cerca de una lámpara de éter hizo que el inflamable nitrato de celulosa de las películas, provocara la enorme catástrofe. Esto llevó a la opinión pública la idea de que el cinematógrafo era una actividad muy peligrosa…

Pero la gran Exposición Universal de París de 1900 le permitió recuperar el prestigio perdido y devolver la confianza en un Arte que allí se descubrió prodigioso. En un enorme pabellón con capacidad para 15.000 espectadores se mostraron al mundo 150 películas… e incluso en una pantalla redonda se pudo disfrutar de unas vistas aéreas de la plaza de toros de Barcelona y de un viaje en globo. El espectáculo estaba servido.

A partir de aquí podemos ver lo que rodea al hombre realmente o en su fantasía desbordada. Es factible seguir por ejemplo los acontecimientos más destacados de la historia del siglo XX, a través de sus películas. Una fascinante experiencia. Así las grandes revoluciones con que se inició el siglo, como la revolución Mexicana con *Viva Zapata* de Kazan; la rusa, con *El acorazado Potemkin* de Eisenstein y la Primera Guerra Mundial, con *La gran ilusión* de Renoir.

Seguiríamos con los “felices 20” y sus trepidantes músicas que llenaron –¡por fin!– de sonido las historias contadas, como en *El cantor de jazz* en 1927, la primera película sonora de la historia. Los duros períodos de entreguerras se reflejan en la depresión urbana y rural con el entrañable *Juan Nadie* de Capra y la tremenda década de los 40, se inicia con la más inolvidable crítica al fascismo en *El gran dictador* de Charles Chaplin. Y así seguiríamos con una larga lista, pero nos detenernos aquí, en el momento de nombrar a Charles Chaplin, todo un hito en la Historia del Cine, especialmente porque logró la síntesis de las dos tendencias más básicas: el cine espectáculo y el cine realidad. Chaplin nos entretiene y divierte pero, a la vez, es capaz de presentarnos a un vagabundo, a un “sin techo”, Charlot, que nos hace conectar y concienciarnos con la más cruda realidad.

Porque el cine nos conecta con los problemas diarios de los que no tienen nada. Chaplin supo mucho de eso en su infancia, especialmente cuando murió su padre alcoholizado y su madre, ante el cúmulo de desdichas,perdió la razón. Sin duda por eso tuvo la capacidad suficiente para mostrar al mundo ese lado amargo de la vida. Y pudo hacerlo porque, paradojas de la vida, sus padres que eran actores de *music-hall* antes de su naufragio personal y social, le inocularon el amor al espectáculo, y esa pasión por el teatro le hizo superar lo insuperable, porque tenía una meta y un sueño: ser actor.

Y lo consiguió. Él representó, como nadie lo había hecho, ni lo ha hecho después, sin palabras, pero con una mímica universal, las peripecias de un vagabundo. La película de 1915 ***Charlot vagabundo,*** se inicia con la escena de un hombre caminando solo por una carretera, sin rumbo fijo, con las suelas de los zapatos desgastadas de tanto andar…Nadie le acompaña ni nadie le espera y, además, no tiene donde ir, y sólo tiene para comer dos mendrugos de pan. No puede haber ninguna situación más triste. Pero Chaplin siempre salvó la dignidad de sus protagonistas y lo demostró aquí cuando los coches de la carretera cubren de polvo al caminante y éste saca de su bolsillo un cepillo para limpiar sus pobres ropas. Todo un gesto de respeto hacía sí mismo.

Dejamos a Charlot, pero no sin recordar uno de sus gestos más característico, en alguna de sus representaciones de vagabundo: esa patadita hacia atrás, seguida de un saltito. El sociólogo francés, André Bazin, lo interpreta como un "actitud vital ante la vida"[1]. Cuando alguna de sus peripecias no parece salirle bien y se le nota abatido, de pronto nos sorprende con su patada y su salto, y el espectador comprende, sin necesidad de palabras, que el héroe no se da por vencido y va a seguir intentando sobrevivir y mantener su dignidad.

Bibliografía

Tras las huellas de Charlot. La representación de las personas sin hogar en el cine. Isabel Sánchez. Fundación RAIS 2004

[1] La frase de André Bazin (1918-1958) se puede encontrar en el libro *Charles Chaplin (Barcelona 2002)* que recopila algunos de los artículos que escribió sobre este gran cómico del cine mudo.